

LA FRONTERA COMO ARGUMENTO Y ARTICULACIÓN TEÓRICA EN LA CULTURA Y LA LITERATURA ARGENTINA

Fernando Operé
University of Virginia

La cultura del continente se ha construido históricamente de espaldas a la frontera, como si darle la espalda fuese suficiente para eludir su existencia. Todos sabemos bien que el rechazo, la voluntad de olvido, la ignorancia como defensa, son, en el fondo, pobres mecanismos que ni borran, ni extinguen. El olvido vuelve sobre sus pasos con la constancia de la herida que supura y el clamor de los muertos. La cultura hispanoamericana, en general, y en particular la argentina, no ha sabido sacar partido de la energía creativa de la frontera. Es más, ha desperdiciado algunas de sus más preciosas energías en el afán de transformarla, despojándola en el proceso de sus potenciales más significativos. Ello es obvio desde que las primeras décadas de la colonia. Los europeos, y en particular los españoles, proyectaron sobre la geografía americana modelos surgidos del imaginario medieval, que poco tenían que ver con la realidad circundante. Grupos sociales, culturas y etnias fueron agrupados en un común denominador como si la extraordinaria riqueza cultural y lingüística del continente pudiera meterse en un saco roto con el rótulo “salvajes” o “infielos”. Las muchas expediciones al interior en la vasta geografía, desde el cabo de Hornos hasta Nuevo México, cruzaron las múltiples fronteras físicas y culturales por las que atravesaron, sin inventariarlas. Esta fue la norma hasta el siglo XVIII cuando la energía científica de la ilustración envió a nuevos viajeros con el fin de catalogar y en el proceso re-inventar el continente. La independencia creó unas fronteras en muchos casos ficticias respondiendo a las divisiones de virreinos, audiencias y capitanías generales establecidas durante la colonia. En muchos casos estas nuevas fronteras se establecieron en los mapas ajenas a las fronteras pre-existentes y por lo tanto, ignorantes de sus características y dinamisismos. En realidad, el continente americano puede ser considerado hasta principios del siglo XX, y en muchos casos lo sigue siendo, una gran frontera en constante

ebullición. No hay más que estar atentos a sus constantes conflictos migratorios, políticos y ecológicos,. Lo interesante del caso, es que habiendo sido América una proyección del imaginario europeo, las fronteras fueron construcciones teóricas que alzaron muros o diseñaron caminos, ejerciendo un fascinante influjo sobre los individuos y los países en el proceso de construcción nacional.

Me propongo en este ensayo trazar, a grandes rasgos, algunas implicaciones que para la cultura argentina ha tenido la articulación teórica de la frontera como línea divisoria y como argumento sobre el que se asentaron propuestas de construcción nacional, cuyas implicaciones se han extendido a nuestros días.

No podemos eludir la comparación con el modelo norteamericano en donde, por muchas y complejas razones, la frontera ha funcionado como un elemento positivo y dinamizador de su cultura y experiencia histórica. Ciertamente, la historiografía hispana no contó con un historiador como Frederick Jackson Turner, que realizase la labor de recoger, teóricamente, lo que el pueblo norteamericano sentía sobre su propia experiencia expansiva en la frontera oeste. En 1893, Turner articuló magistralmente el dinamismo de los colonizadores norteamericanos y creó una idea central sólidamente cimentada a lo largo de años de incesante expansionismo, y que adquirió carácter de mito. El mito de la frontera norteamericana se asienta sobre las supuestas posibilidades infinitas de frontera-abierta, asequible a la asimilación, territorio de nadie en donde se materializarían, a través del genio anglo, todas las expectativas acumuladas y soñadas durante el período de construcción. Sus ideas fueron fundamentales para la elaboración teórica de una identidad norteamericana en la cual el espíritu individualista creciese sin barreras, dando forma a modos de vida expansivos y progresistas. La frontera de Turner es un territorio de grandes riquezas y posibilidades que aguardan ser apropiadas por aquéllos capaces de usarlas y dinamizarlas al límite de lo factible. Para Turner la peculiaridad de las instituciones norteamericanas es que se vieron forzadas a adaptarse a los cambios requeridos por un pueblo en expansión con el fin de atravesar un continente, conquistar grandes extensiones de tierras supuestamente inhabitadas, e inscribirlas dentro de un modelo de civilización capitalista y cristiana solidamente tejido. El hecho de que, en la práctica, los territorios del oeste, tierra fronteriza por antonomasia, estuviesen habitados por pobladores originarios y que en el suroeste la experiencia hispánica hubiera moldeado hacía tiempo un tipo alternativo de frontera, no pareció entorpecer las propuestas teóricas de Turner. Ronald H. Carpenter ha escrito "Historians are potential persuaders"¹. En ese sentido, las bases teóricas de Turner funcionaron y el mito norteamericano de la frontera le debe la hazaña de su articulación teórica, especialmente en la caracterización del "frontiersman" (el tipo fronterizo).

1. Carpenter, Ronald H., "Frederick Jackson Turner and the Rhetorical Impact of the Frontier Thesis". *The Quarterly Journal of Speech* 63, 2 (1977), pp. 117-129 (p. 118).

En la América hispana no puede hablarse de frontera como una experiencia uniforme. Hubo y hay muchas fronteras y éstas tuvieron distinto significado, aunque ninguna llegó a expresar el carácter dinámico y emprendedor de la frontera norteamericana. La única excepción podría ser la primigenia frontera Atlántica, originada por el dinámico expansionismo europeo del siglo XVI. En ese siglo, se produjo la mayor mutación jamás experimentada del espacio geográfico y cultural en la historia de occidente. Para España y Europa significó la creación de una nueva frontera espacial cuya dinámica ejercería una notable influencia transformadora a los dos lados del espacio fronterizo. Si han permanecido en la cultura hispanoamericana residuos de un impulso emprendedor son el subproducto de otra frontera mítica, El Dorado o los Dorados, que animaron tantos viajes imposibles en el siglo XVI. No debemos olvidar, sin embargo, que las ciudades fantásticas buscadas por las primeras expediciones, al tiempo que inyectaban energía al descubrimiento, empujaban al conquistador hispano a los trasteros del medievalismo, encerrándolo en una cápsula que le impediría reconocer las posibilidades reales del Nuevo Mundo. Muchas de las tierras exploradas y atravesadas, una y otra vez, por expediciones al interior, no llegaron a conceptualizarse materialmente porque sus conquistadores buscaban ciudades míticas y no tierras para colonizar. La frontera, pues, se asoció a partir de finales del siglo XVI con una vaga idea de aventura y peligro, salvajismo y viaje a los infiernos.

Los primeros teóricos de la frontera, si así se les puede llamar, divagaron sobre los derechos legales de los conquistadores a poseer las tierras descubiertas; debatieron sobre la legalidad de la encomienda y otras formas de vasallaje; disertaron sobre la condición humana de los nativos, mientras que enviaban, a las zonas más alejadas de las ciudades fundacionales, a misioneros y soldados. En el siglo XVIII, el vocablo civilización vino al rescate del decadente idealismo cristiano, mudando el sentido cristiano de perfección última con la creencia en la razón como su único y posible sustituto. Paralelamente, surgieron otros teóricos que articularon nociones impregnadas de ambigüedad, aunque en general, como argumentan David J. Weber y Jane M. Rausch, "Latin American intellectuals have seldom considered their frontiers central to the formation of national identities or of national institutions"². En las repúblicas donde el territorio fronterizo problematizado demandaba soluciones a la expansión inevitable, no hubo más remedio que articular un ideario que proyectase el significado presente y futuro de esas tierras en disputa. Los proyectos nacionales imaginados por la cultura exigían soluciones prácticas pero también formulaciones teóricas. A esta tarea se avino Domingo Faustino Sarmiento, sin duda uno de los varios teóricos que se asumió dar respuesta a esta necesidad. Sus ideas tomaron la forma en una metáfora apologética con numerosas ramificaciones: *Facundo, civilización y barbarie*, (1845), un texto de y sobre la frontera. El esfuerzo teórico de Sarmien-

2. Weber, David y Jane K. Rausch, *Where Cultures Meet. Frontiers in Latin American History*. Wilmington, 1994, p. XIII.

to se centra, básicamente, en intentar ordenar la frontera, la llamada "tierra adentro", a través de la escritura. Sus postulados e intuiciones tomaron forma desde la perspectiva de un testigo que mira la frontera desde un puesto de observación exterior, mientras sus ojos se pierden impotentes en la inmensidad de lo desconocido. "La inmensa extensión de país que está en sus extremos, es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es su extensión; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin habitación humana, son por lo general los límites incuestionables entre unas y otras provincias"³. La frontera de Sarmiento es un mal inevitable cuya perniciosa influencia sólo podrá ser aminorada con la creación de una línea de ciudades gestoras del sueño civilizador. Como indica María Rosa Lojo "En el primer registro mencionado, la 'extensión' es el 'mal metafísico' que aqueja al país, territorio carcomido y devorado por el desierto, donde la ausencia de vida humana es lo que define los límites internos"⁴. Sin embargo, al contrario de Turner, Sarmiento no elude la realidad de la existencia de unos pobladores indeseados, que por las fechas en que escribía su famoso *Facundo*, merodeaban en las poblaciones fronterizas, y representaban una amenaza concreta a través de los "malones", así llamados los rápidos ataques de indígenas a estancias y poblaciones con el fin de tomar cautivos y robar ganado. "Al Sur y al Norte acéchanla los salvajes que aguardan la noche de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y en las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas"⁵. Sarmiento, en su consistente y conflictiva ambigüedad, da vida a un buen número de personajes fronterizos, no sólo las tribus indígenas, sino pobladores humildes del interior. Asoman a sus páginas, el rastreador, el baquiano, el gaucho malo, y más interesante, el cantor. Nos recuerda Sarmiento que si es cantor, tiene que ser argentino, sin embargo no deja de añadir una nota agorera: "Desgraciadamente, el cantor con ser el bardo de Argentina, no está libre de tenérselas que ver con la justicia. También tiene que dar cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una o dos desgracias (muertes) que tuvo y algún caballo o muchacha que robó"⁶. La argumentación de Sarmiento se complica pues para él la frontera aloja, no sólo la barbarie sino el pasado, y con él no hay más remedio que lidiar para poder dar disyuntivas válidas al tema de la nacionalidad. De esta forma la literatura asoma como interlocutor en el proceso de definición nacional, como anteriormente lo había hecho en la aventura de invención del continente.

3. Sarmiento, Domingo F., *Facundo. Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. México, 1966, p. 11.

4. Lojo, María Rosa. "La frontera en la narrativa argentina". *Hispanérica* XXV, 75 (1996), pp. 125-137 (p. 125)

5. Sarmiento, D. F., *Facundo...*, p. 11.

6. Sarmiento, D. F., *Facundo...*, p. 28.

Los postulados teóricos de Sarmiento se concretaron en el paradigma civilización y barbarie que tantas interpretaciones ha generado, hasta el punto de ser, sin duda, el tema más recurrente del pensamiento latinoamericano hasta nuestros días. Su visión pesimista de la naturaleza de la frontera es radicalmente distinta de las cualidades redentoras propuestas por Turner para la experiencia norteamericana. ¿Eran redimibles los personajes fronterizos? ¿Qué función desempeñaban en la planificación teórica? El problema radica en que el estudio de las fronteras de Sarmiento no se reduce a términos espaciales sino también a la composición humana, social, histórica y nacional, es decir, Sarmiento pontifica sobre quienes están dentro y quienes se quedan fuera. En la realidad, Sarmiento tenía conocimientos muy rudimentarios de las fronteras argentinas. No había estado en la pampa bonaerense, ni visitado Buenos Aires. Sus análisis son en parte resultado de la intuición y la imaginación poética. ¿Cómo se puede pues nombrar un espacio, definirlo y diagnosticarlo sino se sabe incluso su composición? ¿Cuál es el país, quién es la barbarie, y dónde está la nación?

A pesar de las cuantiosas críticas a las teorizaciones de Sarmiento, sus tesis hallaron numerosos adeptos entre los intelectuales decimonónicos y se extendieron al siglo XX. Las propuestas de Sarmiento, argumentadas con una gran riqueza figurativa, especialmente el paradigma civilización y barbarie, echaron leña a las brasas de la mala conciencia hispana con respecto a la naturaleza de su sociabilidad e historia. No olvidemos, que la creación de la leyenda negra es obra de escritores hispanos y se originó en el mismo continente. E. Bradford Burns ha llamado al sueño civilizador decimonónico, "the poverty of progress"⁷. Roberto Fernández Retamar nos recuerda que toda barbarie es hija de la civilización⁸; mientras que Carlos Alonso opina que, "pese a sus múltiples y discordantes variaciones, la expresión 'civilización y barbarie' es una figura retórica hueca, un tropo que debido precisamente a su esencial vacuidad tiene paradójicamente la capacidad de potenciar y apuntalar una colección heterogénea de discursos"⁹.

No cabe duda que la articulación teórica de Turner fue una gigantesca simplificación que inyectó inventiva y dinamismo social a la frontera norteamericana. En la Argentina, el conflicto entre civilización y barbarie (podría considerarse que los presupuestos del paradigma no son válidos y nunca lo fueron), se resolvió a favor del primero, enturbiando la evaluación histórica. Principios fundamentales sobre la inaccesibilidad de la frontera, el concepto de tierra adentro como viaje a un mundo inescrutable y amenazante, los fallidos planes de colonización del interior chaqueño, patagónico y andino, parecen haber querido dar la razón a los postulantes de una frontera que más que unir, separa. Los intelectuales, especialmente

7. Bradford Burns, E., *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century*. Berkeley, 1980.

8. Fernández Retamar, Roberto. "Algunos usos de civilización y Barbarie". *Casa de las Américas XVII*, 102 (1977), pp. 29-52.

9. Alonso, Carlos J., "Civilización y barbarie". *Hispania* 72, 2 (1989), pp. 256-63 (p. 256).

en el siglo XIX, contemplaron las fronteras como zonas generadoras de violencia, de despotismo más que democracia, de caudillos y dictadores, más que de hombres libres. Los ejemplos son múltiples, y haré referencia a algunos: "La Cautiva" de Esteban Echeverría, *Martín Fierro* de José Hernández, *Don Segundo Sombra* de José Güiraldes y *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada.

El poema "La cautiva" funciona como una metáfora apasionada y plástica del antagonismo maniqueo entre dos sociedades en lucha por su supervivencia. Cabría preguntarse, ¿luchaban realmente por su supervivencia? Sabemos que tribus de la pampa ofrecieron sus servicios y participaron de forma activa en la defensa del territorio bonaerense durante la invasión inglesa en 1806¹⁰. Conocemos como tanto unitarios como federales usaron tropas indígenas en las dilatadas y destructivas guerras civiles¹¹. Es, pues, discutible que las tribus indígenas estuvieran, o quisieran estar, al margen del proceso de construcción nacional. La María de Echeverría podría ser una de las miles de mujeres cautivas que se incorporaban al engranaje de relaciones comerciales entre los indios de la Pampa, y los más alejados grupos patagónicos y tribus mapuches, involucrados en un intercambio trasandino constante¹². La cautiva de Echeverría podría ser también una de las muchas muchachas criollas cuyas influencias en los toldos iban transformando de a poco las sociedades indígenas fronterizas¹³. Sin embargo, la carga ideológica del poema nos presenta un ser sublime que invierte su rol de mujer y esposa en el intento de salvarse de los horrores de una posible mutación o mestizaje, que en la visión romántica significaba pérdida de la pureza racial. Se trataba de construir las bases de una sociedad étnica y culturalmente pura. Se estaba haciendo nación. El momento cumbre del poema es cuando María adquiere cualidades inherentes al héroe masculino, y tomando en sus manos el protagonismo de la escena, penetra con su cuchillo el pecho del salvaje, eludiendo la amenaza de la violación y correspondiente mezcla de sangres. Mientras huye a través de las pampas, María parece estar poseída por las fuerzas de las que intenta huir. Su energía es la de Brian, el esposo, su intuición y agudeza la del indio, su coraje el de la fiera. Podríamos pensar incluso en un personaje andrógono, mitad hombre mitad mujer, mitad civilizado mitad salvaje. Al final de su hazaña y tras cruzar la línea fronteriza, María retorna a las debilidades y debilidades de la civilización. Al hacerlo se revierte la metamorfosis y, sin energías, fallece ante la noticia de la muerte del hijo. Sin embargo, la proeza está cumplida y el poema sirve a su causa. Con su decisión y arrebato, María

10. Martínez Sarasola, Carlos, *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina*. Buenos Aires, 1992.

11. Walther, Juan Carlos, *La conquista del desierto*. Buenos Aires, 1970.

12. León Solís, Leandro, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*. Temuco, 1991.

13. Operé, Fernando, *Historias de la Frontera. El cautiverio en la América hispánica*. Buenos Aires, 2001.

ha evitado el infierno de la frontera en sus peripecias y escrito otro episodio de una historia que no le hace justicia. La experiencia fronteriza del poema entrelaza un mito positivo con otro negativo.

Más influyentes, si cabe, fueron las propuestas formuladas por José Hernández, en el *Martín Fierro*, poema que transcurre fundamentalmente entre las líneas elusivas de la frontera. Fierro es un personaje de frontera, y el poema se inicia con la propuesta de búsqueda de justicia para un tipo de existencia simplificado en las labores cotidianas del gaucho en su chacra, con sus vaquitas y el entorno familiar. Este escenario es amenazado por las fuerzas irredentas en conflicto a uno y otro lado de los puestos militares fronterizos. Fierro elige la tierra adentro como mal menor tras agotar todas las posibilidades de reintegro a la civilización. Bastante le han castigado sus representantes y no se encuentra con fuerzas para enfrentarse de nuevo a la justicia ladina. Así que junto con su amigo Cruz decide perderse en el paisaje e iniciar una nueva vida en los toldos indígenas en la remota tierra adentro. A partir de ese instante, el poema adquiere tonos dantescos. No hay en la historia de la literatura argentina un episodio de mayor violencia y tendenciosidad que la escena de la cautiva al final de la primera parte del *Martín Fierro*. El otro sujeto, y el otro lado de la frontera, no es el escenario de libertad, encuentros, mutaciones, intercambio y tráfico continuo. No es tampoco la tierra de múltiples posibilidades, lugar de fusión y contacto, sino el núcleo de los desencuentros y las hostilidades, un infierno apocalíptico sin cristiana remisión. Leemos en el *Martín Fierro*, segunda parte:

“Es guerra cruel la del indio
 Porque viene como fiera;
 Atropella donde quiera
 Y de asolar no se cansa-
 De su pingo y de su lanza
 Toda salvación espera¹⁴.”

versos que parecen simplificar las razones históricas de un complicado conflicto y el conflicto mismo. Cuando Fierro mata al indio con sus manos, libera a la cautiva y huye de los toldos, la suerte está echada. La popularidad del poema, que consiguió inscribir al gaucho en la historia de la República con letras más que pintorescas, sentenciaba al indio y su hábitat, y constreñía el progreso al ámbito de la ciudad. Al tiempo, se sugería el exterminio como alternativa válida, y se anticipaba la operación militar de Julio Argentino Roca al formular el epitafio de los últimos habitantes del desierto.

Estas cosas y otras piores
 Les he visto muchos años;

14. Hernández, José, *Martín Fierro*. Nanterre Cedex, 2001, p. 290.

Pero si yo no me engaño
 Concluyó ese vandalaje,
 Y esos bárbaros salvajes
 No podrían hacer más daño.

Las tribus están deshechas:
 Los caciques más altivos
 Están muertos o cautivos,
 Privaos de toda esperanza,
 Y de la chusma y la lanza
 Ya muy pocos quedan vivos¹⁵.

En los planes civilizadores de Sarmiento, los indios no eran redimibles y componían las poblaciones fronterizas del tierra adentro indefinido e inhóspito. El desalojo de sus originales habitantes enturbió más la noción de frontera forzando a la sociedad argentina a mirar las ciudades como focos de paz y progreso, confuso eslogan del positivismo. Algo, quizás, permaneció de la frontera mítica: el silencio, las extensiones indomables, los pastos y yuyos, la indomesticabilidad de una Patagonia relegada para consumo de viajeros y mitos. Los muchos viajeros que en el siglo XIX recorrieron estos bastos territorios con propósitos científicos y cartográficos, no pudieron desnivelar las prejuiciosas y poderosas influencias de la ficción. Paradójicamente el gran colector de libros de viajeros y diarios científicos, fue Pedro de Ángelis, italiano contratado por el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, para dirigir la *Gazeta de Buenos Aires*. Se encargó, a su vez, de recopilar y publicar estos valiosos textos. El discurso fundacional de la nación recurre a los viajeros científicos como mecanismo de legitimación.

Una vez desaparecidos los indios de las tolderías, y arrojados sus descendientes a las faldas remotas de la cadena andina en territorio patagónico, se pudo nivelar el pernicioso antagonismo y comenzar la labor de recuperar la frontera para la historia del país. Fue una labor penosa e imposible pues se luchaba contra décadas de infame propaganda. La iniciaron escritores oscuros de finales de siglo educados en las ramas de la antropología y las ciencias: Eduardo Holmberg autor del poema póstumo *Lin-Calél*, Gregorio Álvarez que publicó *Pehuén Mapú. Tierra de la Araucaria. Tragedia esotérica del Neuquén*, Perito Moreno y otros viajeros que conocían bien la frontera porque habían vivido en ella largas temporadas. Me refiero a Estanislao Zeballos, autor de numerosos libros sobre la frontera, y Santiago Avendaño, cautivo de los indios durante muchos años y más tarde agente del gobierno para asuntos indígenas, autor de una biografía extraordinaria, que no se había publicado hasta 1999, *Memorias del ex-cautivo Santiago Avendaño*. Todos los indicios hacen pensar que el original fue utilizado por Estanislao Zeballos para la composición de su conocida trilo-

15. Hernández, José. *Martín Fierro...*, p. 295.

gía: *Calfucurá, dinastía de los piedra* (1884), *Painé, y la dinastía de los zorros* (1886), y *Relmu, reina de los pinares* (1888).

Este hecho no debe sorprendernos, todo lo contrario, corrobora mi tesis fundamental. La Argentina como toda América latina, vivió a espaldas de la frontera y sus habitantes, y tanto libros de viajes, como fascinantes vivencias de cautivos, cuyos relatos eran ávidamente consumidos por los lectores en los Estados Unidos y Europa, encontraron absoluta indiferencia y hasta desdén en el Río de la Plata. De vez en cuando, aislados autores de finales del XIX o primeros del XX hacen sus incursiones en el telón de fondo de la frontera en un intento de recuperación del espacio mítico. Tres son las aproximaciones más comunes: 1) se va a la frontera en viaje iniciático; 2) se peregrina en busca de una esencial identidad; 3) se busca refugio al hastío de la ciudad. Este último sería el caso de la novela naturalista de Eugenio Cambaceres, *Sin rumbo*, en donde el protagonista, modelado según el patrón de la Argentina dandy, la generación del 80, aburrido de la ciudad, huye a la barbarie de la estancia en donde, simbólicamente, se autoinmola como clase.

Viaje iniciático es el descrito por José Güiraldes en *Don Segundo Sombra* novela paradigmática, publicada en 1926. Uno se pregunta si Güiraldes fue capaz de liberar la frontera del maleficio que la tenía maniatada, salpicándola con toques regionales y mística rural, o si por el contrario continuó adherida a los prejuicios heredados de los padres fundadores. Tras recorrer las pampas hasta río Colorado, Fabio vuelve a casa a hacerse cargo de la herencia paterna. Sus tías han muerto y Fabio ha heredado una estancia con todos los privilegios del estanciero. Ha cumplido el rito de iniciación en la frontera y ahora, desde la ciudad, observa alejarse en el crepúsculo la figura de Don Segundo como un icono grabado en el paisaje. La obra de Güiraldes podría interpretarse, también, como un canto elegíaco a un pasado que sitúa la frontera en la línea mítica entre geografía y el inconsciente de la nación.

José Güiraldes intentó con su novela *Don Segundo Sombra* redimir la frontera de la sombría carga que la tenía maniatada, salpicándola de una cierta mística rural, donde esforzados peones de estancias hacen sus armas en un tipo de vida cristalizado en el tiempo y el espacio. Uno se pregunta si Güiraldes fue capaz de librar la frontera del maleficio, o si continuó adherida a la pesada herencia recibida de sus padres fundadores. La literatura de nuestros días está involucrada en tan difícil misión.

En 1933 Ezequiel Martínez Estrada publicó *Radiografía de la Pampa*, libro de gran impacto si tenemos el cuenta el momento en que se vivía en la Argentina. Tres años antes, en 1930, José Félix Uriburu había encabezado un golpe militar que acabó con las reformas democráticas del presidente constitucional Hipólito Yrigoyen. El golpe representaba un retorno a la Argentina de las malformaciones elitistas. El libro ha sido considerado heredero de las propuestas deterministas de Sarmiento y se centra en el difícil balance que se produce en

la frontera, entre la población indígena y criolla, mezclada con la inmigración masiva, que en esas fechas comenzaba a ser un problema para los defensores de una idealizada argentinidad. Para Martínez Estrada, lo mismo que para sus padres ideológicos, Sarmiento y Alberdi, la sociedad americana es la civilización europea desarrollada fuera de su territorio ancestral. Son muchos los que sobran en esa sociedad, inmigrantes, desplazados, gauchos, pero ciertamente la población indígena, que a pesar de las devastadoras campañas del desierto del general Roca (1878-82), siguió componiendo un porcentaje muy alto de la población de la república. Sin embargo, la tesis fundamental de *Radiografía de la Pampa*, ensayo fronterizo a todas luces, se centra en la idea del fatalismo geográfico causante del profundo aislamiento social y cultura del interior. "El poblador de estas regiones no era dueño de su voluntad; creyó avanzar y detenerse cuando quería. Y en realidad era la pampa vacía que le hostigaba a caminar o detenerse. Iba donde le llevaba la naturaleza, aparentemente sin designios recónditos; iba sin plan, sin limitaciones fijadas de antemano, sin conducta. No adelantaba, pues, conquistando, sino siendo conquistado"¹⁶. Martínez Estrada comparte con Sarmiento una aproximación intuitiva a sus trabajos teóricos. En sus postulados parece destacar el artista sobre el sociólogo o historiador, y la metáfora sobre el concepto. De alguna forma puede decirse que algunas de las teorizaciones clásicas sobre la frontera se asientan sobre bases ideológicas de un marcado grado emocional, que en última estancia tratan del ser nacional. La frontera de Martínez Estrada es una frontera soñada, como lo fue en los primeros momentos del descubrimiento, cuando se fantaseaba sobre la realidad de mundos perdidos y paraísos hallados.

Sin durante gran parte del siglo de formación la pampa fue una metonimia de la Argentina, en la segunda mitad del siglo XX, la frontera irredenta se desplaza al sur del río Negro, y la Patagonia cobra un protagonismo como lugar mítico, territorio por hollar y civilizar, residuo de lo más genuinamente representativo del pasado histórico. Efectivamente, el interés de la frontera se desplaza a las tierras al sur, hacia la misteriosa Patagonia y Tierra del Fuego. Quizás por sus características geográficas, su aislamiento, las dificultades del terreno y clima, su falta de comunicación vial, la tozudez del viento, y las duras maravillas de su paisaje, la Patagonia sigue rondando la imaginería nacional como lugar de viaje legendario. Desde Charles Darwin, FitzRoy y Guillermo Cox, pasando George Musters, Bruce Chatwin y Paul Theroux, la Patagonia ha ido reconstruyendo una experiencia para consumo de lectores, en la que elementos de lo maravilloso se mezclan con decepción y pretensiones de servir la voracidad del testigo ocular. Uno sabe que esa pretensión está modificada por la ambigüedad con que el viajero sirve su propia causa como autor. Escribe Paul Theroux, en su ya clásico *The Old Patagonia Express* (1978): "El paisaje tiene una apariencia pre-

16. Martínez Estrada, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires, 1993, p. 41.

histórica, del tipo utilizado como motivo decorativo para un esqueleto de dinosaurio en un museo; simples, terribles colinas y barrancos; arbustos espinosos y rocas; y todo suavizado por el viento, y como si un diluvio lo hubiera despojado, lavado de todas sus particularidades. Aún el viento continuó su labor, y previno a los árboles de crecer, desenterró las rocas, y arrancó los vulgares arbustos”¹⁷. Al leer esta descripción se tiene la sensación de que el viajero, Theroux, está construyendo una Patagonia de la parálisis y la alienación. ¿No fue así la frontera literalizada y paralizada por los ‘Nation Builders’ el siglo precedente? Las categorías que Theroux usa no son civilización versus barbarie, belleza versus fealdad, sino densidad versus escasez, lo cual llama nuestra atención pues la cultura de consumo se define por la proliferación, diferenciación, especialización y subdivisión y no por la simplicidad y escasez. ¿Se trata, pues, de la mirada arrogante de un extranjero que no conoce la lengua y mira con la distancia del que anticipa?

Entre los argentinos, son varios los trabajos recientes de ficción que recuperan el tema de la frontera mítica o patagónica: *El entenado* de Juan José Saer (1983), ubicada en el siglo XVI cuando todo era frontera; *Emma la cautiva* de César Aira (1981) incursión en uno de los temas sorprendentemente ignorados por la novela histórica, el cautiverio; *El rey de la Patagonia: Orelle Antoine I, Rey de Araucanía y Patagonia* (1999) de Claudio Morales Gorleri, relata la curiosa existencia de Orelle Antoine de Tounens, súbdito francés, quien en 1860 se hizo nombrar, por varias tribus araucanas, rey de la Patagonia con el nombre de Orelle Antoine I; *Un caballero en las tierras del sur* (1997) de Pedro Orgambide, narra los viajes de reconocimiento en tierras patagónicas de Francisco Moreno, conocido como el Perito Moreno, uno de los grandes viajeros criollos quien bautizó muchos de los iconos más representativos en las tierras del sur. Se percibe en todos estos trabajos una inquietud revisionista resultado de la mala conciencia intelectual por la perniciosa relación histórica mantenida con los primitivos habitantes del sur, tribus originarias de la Pampa y Patagonia. Es justo señalar en esta línea, la excelente novela de Eduardo Belgrano Rawson, *Fuegia* (1991), y la premiada *Tierra del Fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre, ambas ubicadas en el último bastión al sur del continente, la Tierra del Fuego.

En los meses de enero y febrero del año 2000, tuve la oportunidad de realizar mi propio viaje a la mítica Patagonia. Quería explorar las fronteras sobre las que había escrito con anterioridad, la Patagonia mítica de Magallanes, Musters y Chatwin. Fui acompañado de uno de los grandes escritores argentinos contemporáneos, Mempo Giardinelli, autor de una copiosa obra de ficción y ensayo. Para mí, el viaje representó la materialización de una aventura intelectual anterior. Para mi amigo Giardinelli la aventura representaba un viaje necesario y mil veces pospuesto. El resultado del viaje se plasmó en un texto *Fin de nove-*

17. Theroux, Paul, *The Old Patagonia Express*. Boston, 1979, p. 397. La traducción es mía.

la en Patagonia (2000). En las primeras páginas Giardinelli resume el significado que para la intelectualidad argentina las fronteras del sur siguen teniendo: "Durante los últimos años yo había soñado intensamente con hacer este viaje al Sur del Sur de nuestra América. Esa región de la Argentina que para nosotros es como un final que no se quiere ver, una especie de caída del país en el mero fin del mundo"¹⁸. Resulta interesante que Mempo hable de la hipotética línea del fin del mundo, temor ancestral de los marineros que viajaban con Colón en el primer viaje de reconocimiento. Recordemos que el océano fue la primera y gran frontera para occidente y el espacio en el que se gestaron los sueños colonizadores, la gran mayoría inconclusos. Yo sé que para Giardinelli la aventura patagónica era también una aventura literaria. Gustavo Pellón ha escrito que *Fin de novela en Patagonia* es una "obra interesada en cruzar todo tipo de fronteras, ella misma cruza fronteras genéricas e incluso ontológicas constantemente"¹⁹. Fronteras literarias o fronteras geográficas no parecen estar muy distanciadas sobretodo cuando se trata de un espacio que debe comprenderse para transformarse y permitir algún tipo de actualización. Escribe: "Repentinamente me doy cuenta de que nuestro viaje será nomás, inevitablemente, un viaje literario, al menos en el sentido de la conversión textual de la experiencia"²⁰. Y es aquí donde reside el meollo de la cuestión. Todo viaje es un vistazo, una reconstrucción de un molde cuyas límites encorchetan el paisaje. La Patagonia que Giardinelli describe, mezcla maravilla con irrefutable realidad, desilusión con esperanza. La soledad y la dureza del paisaje se combinan con la ineficacia de las administraciones, la suciedad de los pueblos, y la incapacidad de políticos para aprovechar las obvias riquezas que la extensión contiene. "El paisaje se corresponde con este viento inclemente que de pronto sacude al cochecito, que en un segundo lo contraría todo, que dificulta el crecimiento de los árboles y de la vegetación, y que incluso seca en el acto la lluvia que cae, cuando cae... No se ve a nadie, no un gaucho, ni un rebañito de ovejas, ni un casco de estancia. Todo en el paisaje es esa inmensidad gris, y todo es piedra, viento, nada"²¹. Más adelante, y al entrar en la ruta 40, camino de piedra y ripio de 5.000 kilómetros, que une, aunque más bien separa, los límites de la Patagonia, escribe: "Mientras conduzco por la 40 no cesa de asombrarme tanta belleza estéril. Sobretodo en un país que es un paraíso, aunque poblado de indigentes, tanta riqueza inútil debería conmovier, cualquier indiferencia. Sin embargo no puede con la Argentina, que parece blindada"²². Decepción e impotencia se mezclan con un crónico optimismo. "En la vastísima nadedad es imposible no

18. Giardinelli, Mempo, *Final de novela en Patagonia*. Barcelona, 2000, p. 17.

19. Pellón, Gustavo, "To Be Continued: Mempo Giardinelli's Characters in Search of an Ending", *South Atlantic Review* 67,4 (2002), pp. 106-123 (p. 119).

20. Giardinelli, Mempo, *Final...*, p. 41.

21. Giardinelli, Mempo, *Final...*, p. 127.

22. Giardinelli, Mempo, *Final...*, p. 167.

advertir que la riqueza de la Patagonia, en los albores del siglo XXI, ya no es industrial ni petrolera, no ganadera ni portuaria, sino turística. Santa Cruz es una provincia enorme, casi exactamente igual de grande que toda Gran Bretaña, pero con menos de 200,000 habitantes dispersos e incomunicados. Y el turismo que recibe, aunque es todavía minúsculo, tiene posibilidades infinitas como es infinito lo que se podría hacer aquí. De hecho es un territorio mucho más rico que lo que suele pensarse. Tiene mar y montañas, tiene arena y tiene nieve, tiene lagos y desierto, glaciares y pampas, una fauna exótica y única tanto en la tierra como en el mar²³. Este último párrafo, parece una conclusión, casi un sentencia, de lo que la frontera no ha sido para la Argentina. En los albores del siglo XXI, la tierra adentro, los últimos límites de la Pampa y la Patagonia están por poblarse y descubrirse. No se transformaron en la tierra prometida y de redención conque soñaban sus más remotos antepasados.

Su petrificación histórica se debió, en parte, a representar un desafío al ejercicio del poder. No hay duda de que fue manipulada en los textos formativos y que la contemporaneidad no ha dejado de bregar por romper esa coraza que la relega a las constantes del atraso, cuando no de la impotencia. Uno de los grandes viajeros del XIX, Lucio V. Mansilla, escribió en 1879 en su hoy clásico, *Un viaje a los indios ranqueles*, "Poetas y hombres de ciencia, todos se han equivocado. El paisaje ideal de la Pampa, que yo llamaría, para ser más exacto, pampas, en plural, y el paisaje real, son dos perspectivas completamente distintas. Vivimos en la ignorancia hasta de la fisonomía de nuestra Patria"²⁴.

23. Giardinelli, Mempo, *Final...*, p. 41.

24. Mansilla, Lucio Vicente, *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, 1993 p. 111.

